



ACTO CUARTO

Campamento de D. Enrique. En medio de la escena la tienda de Beltrán Duguesclin, sobre la que habrá un farol encendido, y dentro de la cual aparecen sentados éste y Olivier de Manni y otros caballeros franceses. Alrededor, y en lontananza, las otras tiendas del campamento. Amanece.

ESCENA PRIMERA

EL VIZCONDE, BELTRÁN DE CLAQUIN
y OLIVIER DE MANNI

VIZCONDE

Miradlo, mosén Beltrán,
con detenimiento y calma,
que es feo acudir á engaños
con las manos en las armas.

BELTRÁN

Señor Vizconde, está hecho;
la noticia está ya dada
á don Enrique, y ofrece
doble de lo que él nos daba,
y son cuatrocientas mil
doblas de oro castellanas.

OLIVIER

Eso bien vale, señores,
una traición diplomática,
que al cabo, si bien se mira,
está siendo necesaria.

BELTRÁN

Sí, por cierto; ese don Pedro,
¿qué puede esperar ya? Nada.
Cercado en ese castillo,
sin víveres y sin agua,
sus gentes á nuestro campo
pasándosele á bandadas,
olvidado de Inglaterra,
aborrecido de Francia

y odiado en su reino mismo,
no le queda otra esperanza
que entregarse; á esto vendría
á parar hoy ó mañana.
Su hermano, mientras él viva,
el objeto de sus ansias
no ha de lograr, conque es claro
que un día ú otro le mata.
Y en tal caso....

OLIVIER

Ciertamente
lo mismo es hoy que mañana.

VIZCONDE

Sí; pero el Rey de Castilla
es sólo don Pedro.

OLIVIER

¡Vaya!

BELTRÁN

Mas ¿qué le vale ¡ya se ve!
ser legítimo en su raza,
ser heredero de nombre,
si el de la sangre bastarda,
más poderoso y más terco,
se le lleva la jornada?
Y en fin, no es malo un bastardo
para lo que hoy es España,
que en tierra en que reinan moros,
con un mal cristiano basta.

(Se ríen.)

VIZCONDE

Paréceme, caballeros,
que es esa risa insensata,
al menos intempestiva;
y por la cruz de mi espada
os juro que, más que á risa,
me mueve don Pedro á lástima.

OLIVIER

Paréceme, buen Vizconde,
que han sido vuestras palabras
sin tiempo en pro de don Pedro,
muchísimo interesadas.

VIZCONDE

Mis palabras son leales,
y aunque de opinión contraria
que las vuestras, no por eso
son menos libres ni francas.

BELTRÁN

Abreviemos de razones:
la cosa está adelantada
de tal modo, que ya fuera
imposible remediarla.
¿Qué nos importa á nosotros?
En esta guerra menguada
venimos por el partido
que nos compró nuestras lanzas.
Como podemos servírnosle,
y á traición ó cara á cara,
siempre quien vence es el bueno;
y con razón buena ó mala,
si lo acabamos nosotros,
después de darnos las gracias,
con el dinero de entrambos
nos volveremos á Francia.

OLIVIER

Esa es la cuenta, señores.
Pero la noche se pasa,
y ese buen hombre no llega.

BELTRÁN

Ya empieza á rayar el alba.

OLIVIER

¡Hola! Allá abajo distingo
dos sombras encapotadas.

BELTRÁN

Él es.

OLIVIER

Sin duda; ¿á quién otro
dejaran paso las guardias?

VIZCONDE

Pues yo me lavo las manos;
qué os guarde Dios.

(Vase.)

BELTRÁN

Con vos vaya.

OLIVIER

¿Habéis visto?

BELTRÁN

Ya lo he visto,
pero eso á mí no me extraña;
pues aunque en Francia criado,
no hay un francés en su casta.

OLIVIER

Me lo figuré al oírle
que por Castilla abogaba.

ESCENA II

EL REY D. PEDRO, embozado; MEN RODRÍGUEZ DE
SANABRIA, BELTRÁN DE CLAQUIN y OLIVIER DE
MANNI

RODRÍGUEZ

¿Es don Beltrán?

BELTRÁN

Sí, yo soy.

¿Es don Pedro?

DON PEDRO

Caballero
francés, en vos solo espero,
y pronto á partir estoy.

BELTRÁN

Señor don Pedro, me pesa
por primera vez hablaros,
y haber de descontentaros.

DON PEDRO

Qué, ¿negáis vuestra promesa?

BELTRÁN

No, señor; mas yo querría
á estas horas disponer
de más suerte y más poder
de lo que tengo en el día,
para serviros mejor.

DON PEDRO

Hablemos, señor francés,
claros: ¿vuestro intento es
ponerme á precio mayor?
Sea el que quiera, os prometo
que obtendréis cuando pidáis
como á salvo me pongáis.

BELTRÁN

No es ese, señor, mi objeto,
que me estuviera muy mal
exigir un precio doble,
cuando anduvisteis tan noble,
tan franco y tan liberal.

DON PEDRO

Entonces no hay para qué
pararse más en decir,
sino vamos á partir,
que estoy impaciente, á fe.

BELTRÁN

Señor, ¿es desconfianza
que tenéis de mí?

DON PEDRO

Convengo,
caballero, en que no tengo
sino en Dios solo esperanza.
Mas de ello no os ofendáis,
porque es tan fatal mi estrella,
que todo lo temo de ella.

BELTRÁN

Suplícocos que contengáis
vuestra impaciencia un momento.

DON PEDRO

¡Vive Dios, señor francés,

que mi situación no es
para mucho sufrimiento!
Yo vine fiado en vos:
conque ó dadme un guía fiel,
ó yo me vuelvo á Montiel
á la voluntad de Dios.

BELTRÁN

Vuestra razón imagino;
mas aguardad un instante,
y el guía os pondré delante
que os enseñará el camino.

DON PEDRO

Pues id, y que sea presto,
porque si mucho tardáis,
á encontrar os arriesgáis
desocupado mi puesto.

ESCENA III

DON PEDRO, MEN RODRÍGUEZ y GUARDIAS

RODRÍGUEZ

Señor, vuestros intereses
mirad, y ved que én conciencia....

DON PEDRO

Rodríguez, fué una imprudencia
fiar en estos franceses.

RODRÍGUEZ

Su mala opinión, señor,
no alcanza á Beltrán Claquín,
que en todas partes, al fin,
ganó fama del mejor.
Le llaman el sin mancilla,
y goza grande importancia.

DON PEDRO

Todos son buenos en Francia;
mas no los quiero en Castilla.
A tener otro remedio,
no me fiara en ninguno;
mas place al hado importuno
mi desamparo y mi tedio.
En cuanto puse la mano,
el cielo me castigó;

destino el cielo me dió,
Men Rodríguez, ¡bien tirano!
Sufrí todos sus reveses,
pero no puedo sufrir
que me obligue hoy á venir
á ampararme de franceses.
¡Oh! Nunca me imaginara
llegar otra vez á vellos,
sino-lidiando con ellos
sol á sol y cara á cara.
Mas nunca mi desventura
tan extremada creía,
que á sus tiendas me traería
solo y en la noche oscura.
¡Ay! Cuando cuentas le pido
al tiempo que me ha tocado,
en tiempo tan desdichado
quisiera no haber nacido.
Mas ya la aurora esclarece:
mucho se detiene ese hombre;
y, á pesar de su buen nombre,
que nos vende me parece.
Si deja que el sol aclare.....

RODRÍGUEZ

No os dé cuidado por eso,
que de la selva en lo espeso
metidos.....

DON PEDRO

¡Dios nos ampare!
¿Cuál es la selva que dices?

RODRÍGUEZ

Llaman selva, vulgarmente,
á esa espesura que enfrente
viendo estáis.

DON PEDRO

¡Ay, infelices
de nosotros!

RODRÍGUEZ

Pues ¿qué objeto
halláis, señor, que os asombre
en esa selva?

DON PEDRO

Su nombre,
á mi horóscopo sujeto.

No esperemos á que vuelva,
Rodríguez: *cerca de Castro,*
que he de morir dice un astro,
y otro dice *que en la selva.*

RODRÍGUEZ

Mas, señor, ved que arriesgamos.....

DON PEDRO

Todo ahora lo entiendo bien:
el Castro era don Guillén,
y ésta la selva..... ¡Ah, partamos!
(Van á salir, y los guardias se lo impiden.)

SOLDADO

¡Atrás!

DON PEDRO

¿Qué es esto, traidor?

SOLDADO

De aquí no podéis salir.

RODRÍGUEZ

¡Ah! Como buenos morir
en Montiel, era mejor.

DON PEDRO

¡Destino! ¿No estás contento,
que aun el ultraje me espera
de morir como una fiera
acorralada entre ciento?

RODRÍGUEZ

¿Morir decís?

DON PEDRO

Sí, morir.

Pues qué, ¿piensas ¡vive Dios!
que he de ser yo de los dos
el que se haya de rendir?
No cabe en mí tal baja;
que, aunque así Dios me abandona,
no perderé la corona
sino al perder la cabeza.
¡Ira de Dios! ¿Esto á mí?
¿En una tienda encerrarme
para venir á matarme
como asesinos aquí?

¡Infames! ¿Tan ruin traición
con un Rey tan caballero?
Mas que vengan; les espero
sin miedo en el corazón.
Que vengan esos villanos,
y vengan cuantos quisieren,
á presenciar cómo mueren
los leones castellanos.

RODRÍGUEZ

(Á los soldados.)

Señores, os lo rogamos
por cuanto hay santo en la tierra:
dejadnos que en buena guerra
como quien somos muramos.
Dejadnos ir á Montiel,
y aunque sin fortuna, al menos
peleando como buenos
acabaremos en él.

DON PEDRO

(Con fiereza.)

Sanabria, aunque los reveses
de la suerte así me abaten,
dejadme vos que me maten
sin rogar á los franceses.
No quiero que piensen, no,
que nunca los he temido;
mis enemigos han sido
y aun soy su enemigo yo.

ESCENA IV

DON PEDRO, MEN RODRÍGUEZ, BELTRÁN,
DON ENRIQUE, etc.

DON ENRIQUE

¿Adónde está ese judío
que llaman Rey?

DON PEDRO

Aquí estoy.

(Dándose con la mano en el pecho.)

Yo soy don Pedro, yo soy
ese Rey con tanto brío.
¿Ni aun siquiera me conoces,
cuando me haces tal ultraje?
Yo á ti sí, porque el coraje
me lo está diciendo á voces.

DON ENRIQUE

Jamás el rostro te he visto,
porque me dabas horror.

DON PEDRO

Porque te daba pavor
el mirarme ¡voto á Cristo!

DON ENRIQUE

Con mucha osadía vienes
donde á humillarte te obligan.

DON PEDRO

Jamás lo haré á los que abrigan
la sangre vil que tú tienes.

DON ENRIQUE

Ya diste al fin en mis manos,
excomulgado, perverso,
azote del universo,
verdugo de tus hermanos.

DON PEDRO

Bastardo, ten esa lengua,
que ni en palacio has nacido,
ni ser mi hermano ha podido
quien obra con tanta mengua.

DON ENRIQUE

La mengua es tuya, y no mía,
pues por tus hechos atroces,
tu pueblo maldice á voces
tu execrable tiranía.

DON PEDRO

¡Mi pueblo?..... ¡Cuánta arrogancia
tu infame traición te inspira!
¿Mi pueblo dices? ¡Mentira!
¡Tus mercenarios de Francia!
Sí, sí; vosotros, señores,
que al compararos conmigo,
me teméis por enemigo
porque sois unos traidores.
Lo dicho, sí, no me arredro;
¿por qué no osasteis ninguno
salir al campo uno á uno
á matar al rey don Pedro?
Porque lo sois, ¡fementidos!
Si todas vuestras victorias

son como ésta, vuestras glorias
son hazañas de bandidos.

DON ENRIQUE

Tú eres el bandido, tú.

DON PEDRO

(Yéndose para D. Enrique.)

Veamos quién de los dos....

DON ENRIQUE

Tú, tú, maldito de Dios,
Entregado á Belcebú.

(Se abrazan y luchan; los otros se apoderan de Rodríguez
y le sacan de la tienda. Al caer, ciérrase la tienda y salen
los caballeros.)

OLIVIER

¿Cayeron entrambos?

BELTRÁN

Sí.

OLIVIER

Mas ¿por quién de ellos quedó?

BELTRÁN

Debajo Enrique cayó,
pero encima le volví.

RODRÍGUEZ

Y ¿es esa, infame traidor,
de caballeros la ley?

BELTRÁN

Ni quito ni pongo rey,
pero ayudo á mi señor.

ESCENA V

DON ENRIQUE y BELTRÁN

(Sale D. Enrique descompuesto y agitado, con la daga
en la mano.)

DON ENRIQUE

Al fin concluyó la guerra,
concluyendo yo con él;
libré á Castilla en Montiel,
y eché un monstruo á la tierra.

BELTRÁN

Fatigado estáis.

DON ENRIQUE

Sí, á fe,
porque además de la lucha,
Beltrán, mi ansiedad fué mucha
cuando debajo me hallé.

BELTRÁN

Lo vi....

DON ENRIQUE

(Le da la mano.)

Que os lo pague Dios;
que á tener daga en la mano,
me da la muerte mi hermano.

BELTRÁN

En eso cumplí con vos.

DON ENRIQUE

No lo olvidaré jamás;
y para mejor probároslo,
pródigo voy á pagároslo
de lo pactado además,
haciéndoos conde de Deza,
para que desde este instante
podáis cubriros delante
de mi trono y mi grandeza.

BELTRÁN

Hice sólo en ayudar
á mi señor, mi deber.

DON ENRIQUE

Mas lo pudisteis poner
en las manos del azar.
Y en fin, hoy es el gran día
de mi existencia, el primero
feliz, y el mejor que espero
en cuanto dure la mía.
Los que en favor de ese indigno
aun en Montiel estuvieren,
que salgan cuando quisieren;
seré con ellos benigno.
Ya no hay, Beltrán, para mí,
rival que me ponga dique.

Mi pendón, clavadle aquí.

(Traen el pendón y lo clavan á la puerta de la tienda.)

¡Castilla por don Enrique!

(Se oyen los tambores y clarines por todo el campamento,
perdiéndose á lo lejos entre las voces repetidas de
«¡Castilla por D. Enrique!»)

ESCENA VI

DICHOS y EL CAPITÁN BLAS PÉREZ, con una corneta
de caza colgada á la cintura.

CAPITÁN

¿Quién es don Enrique?

DON ENRIQUE

Yo.

¿Qué demanda? ¿Quién es él?

CAPITÁN

El Capitán que en Montiel
el rey don Pedro dejó.

DON ENRIQUE

Si viene á implorar perdón
ó á rendirse á mi bandera,
libre es para ir donde quiera
con toda su guarnición.

CAPITÁN

El triunfo os ciega, señor.
No vengo á implorar perdones,
sino á imponer condiciones
al soberbio vencedor.

DON ENRIQUE

¡Vive Dios!

CAPITÁN

¡Por vuestra vida!

No tan pronto os enojéis,
que es preciso que lloréis
el crimen de fraticida.

DON ENRIQUE

¡Hola! Prendedle, llevadle.

CAPITÁN

Os tengo, Rey, bien sujeto
en las redes de un secreto,
y os importa adivinarle.

DON ENRIQUE

Vendrás á ofrecerme el oro
que habrá escondido mi hermano;
mas todo el reino le gano,
y es de su reino el tesoro.
¡Intentas comprarme, necio,
tu vida y lanza con él!
Sal sin temor de Montiel,
que ambas á dos las desprecio.

CAPITÁN

¡Oh! No con tanta mancilla,
señor Rey; guardad memoria
de que amargar vuestra gloria
hay quien pudiera en Castilla

DON ENRIQUE

La lengua torpe detén,
y agradece mi paciencia,
porque es día de indulgencia.
Ea, vete.

CAPITÁN

(Acercándose á él.)

¿Y don Guillén?

DON ENRIQUE

¿Guillén de Castro?

CAPITÁN

Ése, sí.

DON ENRIQUE

¿Dónde está, dónde?....

CAPITÁN

Murió.

DON ENRIQUE

¡Murió!

CAPITÁN

Sí; le maté yo.

DON ENRIQUE

(Con ansiedad.)

¿Y una bolsa ...

CAPITÁN

Ésa está aquí.

Tomadla; ese pergamino
calmará vuestra impaciencia.

DON ENRIQUE
(Lee.)

«Don Enrique: Vuestra hija, á quien yo mismo saqué de entre las llamas, y de cuya identidad existen documentos legales en el pueblo de la Rioja donde fué hallada, es la que con el nombre de D.^a Inés ha vivido siempre conmigo.»

¡Oh, traedla á mi presencia!

CAPITÁN

Vuestra ansiedad adivino.
Pero ya os dije, señor,
que en vez de implorar pardones,
vine á imponer condiciones
al soberbio vencedor.

DON ENRIQUE

Pide, pues, lo que quisieres:
mi reino es tuyo; pedazos
hazle, mas tráela á mis brazos,
tráela, y no me desesperes.
¡Dichoso día ¡por Dios!
es éste que me da el cielo;
yo le pedía un consuelo,
y el cielo me otorga dos!
Dos, señores: esa Inés,
á quien busco, es hija mía,
hija por quien yo daría
cuanto hoy en mis manos es;
fruto de un amor profundo,
ciego, idólatra, excesivo,
con cuyo recuerdo vivo,
por quien diera todo un mundo.
¡Oh! Figuraos, señores,
que entero le he recorrido
tras ese tallo escogido
del verjel de mis amores.
Figuraos que sin gloria,
proscripto, humillado, errante,
su idea ni un solo instante
se apartó de mi memoria.
El viento revuelto y vario
que agitó el mar de mi vida,
no osó con mano atrevida
á este fanal solitario.
Y en medio de mis azares,

sólo su luz casta y pura
alumbró mi desventura
y adormeció mis pesares.

CAPITÁN

También á mí me alumbró
con su antorcha ese fanal;
mas ¡cuán siniestro y fatal
ante mis ojos brilló!
Desatentado y ciego,
con necio ardor le seguía,
seguro que á ser vendría
mariposa de su fuego.

DON ENRIQUE

¡Oh, tú también la has amado!

CAPITÁN

Sí, con ciega idolatría,
y ella me correspondía
con amor bien desdichado.
A vos, al menos, señor,
os sirvió siempre de estrella,
mas yo he corrido tras ella
con inaudito furor.

DON ENRIQUE

¿Qué dices, vil?

CAPITÁN

¡Abre, infierno,
á mis pies un precipicio,
ó admite mi sacrificio
en tu piedad, Dios eterno!
(Volviéndose á D. Enrique de repente.)
¿Qué me darás por tu hija?

DON ENRIQUE

De todo cuanto poseo,
lo que cumpla á tu deseo,
lo que tu capricho elija.

CAPITÁN

Dame á don Pedro.

DON ENRIQUE

(Alzando las cortinas de la tienda.)

Ahí está.

Tómale.

CAPITÁN

¡Muerto!

DON ENRIQUE

A mis pies.

CAPITÁN

Como á don Pedro me des,
mi furor te la dará.

DON ENRIQUE

¿Qué estás ahí, miserable,
diciendo, que me estremece?

CAPITÁN

Te pago como mereces:
el fallo es irrevocable.
Don Enrique, ella por él;
él puso en mí su esperanza,
y yo le juré venganza
cuando salió de Montiel.

DON ENRIQUE

¿Quién eres, hombre infernal,
que en mi ventura mayor
te opones con tal furor
á mi carrera triunfal?

CAPITÁN

Una serpiente escondida
en mitad de tu camino;
soy la voz de tu destino,
que te arrastró á fratricida;
soy, don Enrique, un villano,
un infeliz jornalero,
que fui noble y caballero
con su favor soberano,
y que, vasallo leal,
pago á mi Rey con usura,
cavando mi sepultura
de la suya por igual.

DON ENRIQUE

¿Quién puso en tu corazón
ese pensamiento impío,
que aterra mi poderío
y amedrenta mi razón?
Esto es un sueño tenaz,
una horrible pesadilla.

CAPITÁN

No es sueño, Rey de Castilla,
es la horrible realidad;
un pensamiento ocurrido
á mi intención vengadora,
represalia tan traidora
como su muerte lo ha sido.
Yo á Castro ese pergamino
arranqué con el objeto
de tener con tu secreto
en mis manos tu destino.
Don Enrique, ella por él;
no tenéis otra esperanza;
que así cumplo la venganza
que le he jurado en Montiel.

DON ENRIQUE

Quitadle de aquí al momento;
llevad á ese hombre, y que elija:
ó que os entregue á mi hija,
ó que expire en un tormento.

CAPITÁN

(Con ironía á los caballeros franceses que cercan á D. Enrique.)

Sí, sí, llevadme, señores,
que al cabo es adelantar,
por verdugos acabar
empezando por traidores.
¡Oh! No acariciéis la espada,
don Claquín, porque os lo llame,
que no os lavaréis, infame,
el borrón de esta jornada.
Con vos hablo, don Beltrán,
que alcanzáis en vuestra tierra
gran renombre en paz y en guerra
de invencible capitán.
Vos, sí, que vuestros trofeos
no habéis jamás empañado,
y en tal traición habéis dado
al pasar los Pirineos.
¡Oh! Tenderíais la vista
desde allí por la llanura,
diciendo al ver su hermosura:
Ésta es tierra de conquista.
Diríais: *De todos modos,*
nada aquí será mancilla,
que al fin es patria Castilla
de vándalos y de godos.

*Aquí no lo han de tachar,
porque ese pueblo insensato
tomará sobre barato
lo que le queramos dar.
No hacen falta aquí decoros,
ni lealtad, ni nobleza;
cualquier traición es proeza
en esta tierra de moros.
Mas olvidasteis, señores,
que en el pueblo castellano
nunca faltará un villano
para llamaros traidores.
Ahora, llevadme al tormento;
allí el secreto que abrigo
morirá á un tiempo conmigo.*

DON ENRIQUE

¡Hombre fatal, un momento
aguarda! ¿Nada en la tierra
hay que, por precioso ó grande,
ni te compre, ni te ablande
el corazón que le encierra?
El oro, la libertad....

CAPITÁN

Sólo el rey don Pedro quiero.

DON ENRIQUE

Diérate el alma primero.

CAPITÁN

Pues bien; entonces, mirad.
¿Veis de aquel cerro en la loma
diez soldados?

DON ENRIQUE

Sí.

CAPITÁN

Pues son
diez hombres de mi facción.
¿Veis una mujer que asoma
entre ellos mal escondida,
y en sus brazos desmayada?

DON ENRIQUE

Sí.

CAPITÁN

Pues esa desdichada
es esa Inés tan querida.

DON ENRIQUE

¡Id, caballeros, volad:
allí está.... mi hija, señores;
libradla de esos traidores,
librádmela por piedad!

CAPITÁN

Sí, sí, volad, caballeros;
de allí no se moverán.

(Á D. Enrique.)

Mas ¿qué creéis que hallarán
al llegar los más ligeros?

DON ENRIQUE

Tu calma feroz me aterra.
¿Qué hallarán, hombre cruel?

CAPITÁN

Un crimen más en Montiel
y otro cadáver en tierra.

(Se aplica á los labios la corneta de caza y hace una señal, á cuyo sonido se vuelve á él D. Enrique espantado: los soldados que tienen á D.^a Inés, la matan.)

DON ENRIQUE

¿Qué haces?

CAPITÁN

¿Os ha estremecido
este sonido fatal?
Temblad, sí, que á esta señal
su cabeza habrá caído.

(Un momento de pausa: D. Enrique se cubre el rostro con las manos. El Capitán, con desesperación.)

Reinad, don Enrique, sí;
pero sabed con horror
que yo asesiné á mi amor
cuando con mi Rey cumplí.
Cuando á su sepulcro helado
baje á pedirle un asilo,
Dormid, le diré, tranquilo;
don Pedro, ya estáis vengado.
Vos, por tan fiera traición,
su corona os ceñiréis;
mas de espinas llevaréis
coronado el corazón.

GANAR PERDIENDO

COMEDIA EN TRES JORNADAS